

Ellos y nosotros

por SANTIAGO AIZARNA

Aquel personaje de un cuento de Chejov que se atrevió a decir que le gustaban las negras, y que fue víctima de su propia audacia, podría servir muy bien de modelo para esta pequeña crítica del momento que vivimos. Porque, a tenor con el perogrullesco refranero, y como bien nos constaba, una cosa es predicar y otra dar trigo.

Cuando nos dicen los periódicos que allá, por Alabama, los blancos se pegan con los negros por si les dejan o no les dejan entrar en la Universidad o en la Escuela, decimos con razón: «¡Qué brutos son estos americanos!» Y lo mismo decimos, con pocas variantes, cuando nos cuentan de la xenofobia china, del racismo alemán y de las atrocidades congoleñas. Acaso argüimos, como defensa a nuestra postura neutral, que, o se trata de seres incivilizados, o de gente que exageró los valores de su raza, o hasta llegamos a pensar también, por lo menos concretamente en el caso germano-judío, si no fue un movimiento de defensa propia que la raza aria asumió ante la superioridad intelectual, económica, y hasta numérica que la raza judía iba conquistando. Pero de todas formas, sobornamos nuestra conciencia —nuestra conciencia de católicos, no lo olvidemos; sobre todo de católicos— cuando nos atrevemos a asegurar firmemente que «eso» —«eso» que pasa en Alabama, y que pasó en China, y en el Congo, y en Alemania— de ninguna manera pasaría entre nosotros. Y yo, sinceramente, me atrevo a dudar un poco de esta gratuita y, sobre todo, no comprometida afirmación.

Para entender un poco, infinitesimalmente quizás, el problema de la Norteamérica sureña, sería preciso convivir antes, con cierta intensidad, con los negros. Cierta vez que le conté a un escritor amigo mis nulos prejuicios raciales, me contestó que hablaba así, sin base de juicio. El, una vez, había tenido la humorada de convivir en Londres en un hotel ocupado totalmente por negros, y en donde él era la única persona de raza blanca. Y terminó diciendo: «Nunca, hasta entonces, como tú, había tenido prejuicios raciales, y esto lo hice en plan de experiencia, pero desde entonces detesto a los negros.» Y yo, pregunto ahora: ¿Qué ocurriría si, como en Norteamérica, tuviéramos que convivir con una enorme masa de gente ajena a nuestras costumbres, nuestro carácter y nuestro color, y que, encima, tuviéramos la impresión de que esa raza, totalmente «extranjera» a nuestra idiosincrasia, nos iba a barrer fatalmente? ¿No es presumible que afloraría un vago conato de cierta especie de xenofobia?



O para apurar la experiencia y poder hablar con pleno conocimiento de causa, ¿sería preciso convivir, como nuestro amigo escritor, en un hotel ocupado totalmente por negros?

Yo creo, en realidad, que todos, en mayor o menor grado, somos un poco racistas. Y hasta me atrevería a aventurar, a pesar del riesgo que ello entraña, que, quizás, los vascos, un poco más. Hay que darse cuenta de que el vasco está un poco imbuído de la excelencia de su raza y que, cuando se le pregunta por su origen, contesta generalmente, con un orgullo auténtico y neto que es «vasco». Esto no es malo, ni remotamente, sino todo lo contrario; pero ello puede dar origen, asimismo, a cierta intransigencia, a cierta crueldad de trato con los «otros», que es, en definitiva, de lo que queremos tratar aquí.

Sucede, concretamente, que Vasconia y más aún Guipúzcoa en particular, está frente a uno de los problemas más característicos en la actualidad de las regiones superdesarrolladas: la inmigración. Y ante ella, la actitud del avestruz me parece, en lo que yo entiendo, la menos convincente. Porque, en primer lugar, todo problema exige al menos un planteamiento; y en segundo lugar, si se puede una solución, cosas las dos a las que, la actitud avestrucesca no roza ni tangencialmente.

En realidad, el problema de la inmigración, con toda su secuela de mínima xenofobia, de trato despectivo, etc., no es de ahora. Recordemos que la palabra «maqueto» defendió el indigenismo vasco aun en tiempos anteriores a nuestra niñez, como hoy establecen una diferencia racial los términos «manchuriano» y «coreano». Son términos que nunca me han sido simpáticos y que jamás podrán parecérmelo, porque están contruidos de incomprensión y crueldad inhumanas; pero los traigo como testimonio de una realidad que se da. Como en otro tiempo se dio en torno a la otra palabra. Pero entonces, el problema no revistió la gravedad que tiene ahora. Porque el problema se ha agudizado, bastándonos para ello fijar nuestra atención en la gente que nos rodea. Ahora bien, ¿qué cabe hacer ante ello?

Indudablemente, nunca está de más una actitud, una toma de posición objetiva, y a ella nos remitimos. Nos consta que ante la inmigración, el pueblo euskeldun se halla un tanto dividido, y es importante el que a cada uno le asalte la urgencia de cómo reaccionar ante el problema.

Opino que, actualmente, podríamos dividir el pueblo euskeldun en tres bloques específicamente encuadrados.

Tenemos, primeramente, el gran bloque de los —llamémoslo de alguna manera— «ultras». Son los que abogan por la tradición y la pureza de las costumbres vascas, los un poco «racistas» en su formación ideológica, los del monro-niano pensamiento de «Vasconia para los vascos». A priori, este grupo debe contar y cuenta con todas las simpatías de los vascos genuinos y, sin embargo, como todos los grupos establecidos sobre bases demasiado rígidas e inmutables, peca, a mi entender, de algo a manera de intransigencia. Tampoco, considerado desde un punto de vista ético-social, es esto del todo convincente. Una lacra suya es la xenofobia, en mayor o menor grado, claro está, y también la postura, no sólo anticristiana, sino antihumanitaria como más me gusta decirlo, de no reconocer en toda su amplitud la hermandad universal. Es, en líneas generales, una postura extremista, con todo lo que los extremismos tienen de inconveniente. Y digo esto, sin que en ningún momento me olvide de que el «ser vasco» lo tengo como un timbre de gloria y, más aún, estoy convencido de la gran importancia que tiene.

Otro de los grupos se desenvuelve en terrenos de pura indiferencia. Se trata de los apáticos de siempre. Y es, quizás, el grupo más anodino y deleznable, al cual en algún momento de nuestra vida hemos pertenecido todos. En lo que de ellos se observa, podría sospecharse que permanecerían indiferentes aun ante una auténtica invasión morisca. En breves palabras, todo les da lo mismo, y su pertenencia al «ser vasco», a su gloria y a su importancia, obedece sólo a la casualidad. A ellos, particularmente, ni les va, ni les viene. Y en cuanto al problema de la inmigración, ¿existe para ellos en realidad algún problema?

Y queda, por fin, el tercer grupo, el más «antivasco» desde un punto de vista «ultra»: el de los xenófilos. Se diría que para ellos nada bueno hay en Vasconia y lo es, en cambio, todo lo foráneo. En rigor, y aunque pueda parecer un poco paradójico, no tienen, ni como únicas virtudes, los defectos de los «ultras». Son los que por puro snobismo muchas veces, por resentimiento otras, abdicaron de su condición de vascos.

Y falta ahora por preguntar: ¿Qué grupo, de los tres, es el más capacitado para enfrentarse, razonable y humanitariamente, con el problema de la inmigración? Y expuestas así sus características esenciales y simplistas, estimo que ninguno de ellos.

El problema de la inmigración yo creo que es un problema más de conciencia que de raza, más de humanidad que de regionalismo, enjuiciado, por lo menos, desde la vertiente de su proyección espiritual.

Si uno se pusiera a pensar en las «pegas» de la xenofobia al tratar de la emigración de los propios vascos a la Argentina, porgo por ejemplo, o más actualmente, a Alemania, ¿a qué consideraciones no podríamos inferir? ¿Es que hay alguien, y sobre todo alguna raza, que pueda enorgullecerse —si a eso se le puede llamar orgullo— de su condición de piedra y de su esencia inmutable? ¿Quién hay de entre nosotros, que alguna vez no haya precisado cambiar de lugar de residencia para solventar un asunto, o simplemente, para ganar un medio de vida? Y lo curioso del caso es que, precisamente, estamos tratando de la raza vasca, andariega por excelencia en estos trotes, raza inquieta y desbordada por afanes de conquista y universalidad.

No creo descabellada, en modo alguno, la sospecha de que, actualmente, en las partes más impensadas del mundo, en los lugares más alejados y distantes hay un vasco, o alguna colonia de vascos. Lo que hace que incidamos, ya en propia e interesada experiencia en el problema que tratamos, y nos invite a reconsiderar el hecho absurdo de la intransigencia social, pero ya desde el papel de víctimas, indudablemente mucho más trágico y doloroso. Si nuestros paisanos en tierras americanas, pongo por ejemplo, fueron tratados o no despectivamente, es algo que no lo sé, pero de todas maneras, la hipótesis de lo que allí pudo pasar sirve para calibrar en parte las proporciones de la injusticia.

Pero parece algo así como si todo el problema inmigratorio nos fuese dado en coordenadas de raza y costumbres, y no viniese también, estrechamente emparentado, con problemas de orden laboral y social. Un problema de orden puramente racista en el País Vasco fue, en tiempos, el problema de los «agotes», hoy casi totalmente extinguido, y lo ha sido siempre y sigue siéndolo el problema de los «gitanos». Pero la inmigración no nos viene dada sobre bases tan sencillas, la inmigración es mucho más compleja que todo eso, y sobre todo, exige del indígena mucha más comprensión y transigencia, mucho mayor —vamos a decirlo— espíritu cristiano y fraternal. Esos hombres que han dejado sus casas y sus pueblos, muchas veces hasta su familia, para buscar en la emigración el áspero pan de cada día, no creo que merezcan la humillación, ni la afrenta. Más bien, sería más oportuno ofrecerles la sonrisa de la confianza y de la amistad.

Pero hay, indudablemente, otro peligro que creo que es el que en realidad agudiza los aspectos del problema: el

temor de vernos absorbidos. No hay que olvidar que una inmigración pujante y avasalladora equivale a una auténtica invasión. Y ésta, pretende siempre imprimir su sello de conquista. Pero la historia de las invasiones, por otra parte, nos enseña que en la auténtica batalla que se produce entre absorber y ser absorbidos, los invasores dejan sólo esporádicas formas y maneras de vida, mientras que a la larga, de persistir en la convivencia, son totalmente absorbidos por las maneras y las costumbres de los indígenas.

Y esto es muy fácil de entender. Yo creo que no es el hombre el que doma la tierra, sino la tierra la que doma al hombre. Cada tierra, cada región del mundo, imprime sobre sus habitantes su sello específico. Y así, cada forma de vida está adecuada a las exigencias de la tierra. Y en este sentido la naturaleza actúa sin piedad ni misericordia. Atrofia el órgano innecesario para desparramarse pródiga sobre el órgano útil, moviéndose bajo un pragmatismo absoluto y total. Y eso en todos los reinos: mineral, vegetal y animal.

De aquí la gran ayuda que la tierra presta, aun sin recurrir a ella, en el metabolismo de las razas. Cuando un forastero grita en nuestra tierra su canción de cuna, la tonada no se acompasa con el ambiente. Para los vírgenes oídos de nuestra tierra resulta ser una canción bárbara que sólo una inaudita ignorancia pudo hacerla rebrotar. Y el osado que se atrevió a lanzarla a los vientos se avergüenza y calla ante la profanación de un misterio ignorado.

Cualquier hombre de mediana sensibilidad habrá podido darse cuenta de la desdichada incongruencia que un vulgar aparato de radio crea en nuestros caseríos. Escuchar en nuestras montañas o en la placidez de un manzanal la última melodía de Paul Anka, hace el mismo efecto que una foca en el desierto. Y si he querido incidir sobre el tema musical se debe a que «ellos» han tomado la costumbre de recorrer nuestras montañas, nuestros lugares vírgenes e incontaminados, llevando a la bandolera ese horrendo cacharro llamado «transistor», con el cual violan la pureza y la tradición de nuestros rincones. Hasta tal punto esto, que el «transistor» ha llegado a ser el «carnet de identidad» de esa gente.

Como el índice inmigratorio actual ha rebasado todo lo precedente, sería muy aventurado pronosticar el futuro. Sin embargo, yo tengo confianza en el influjo evidente e incontestable de nuestra tierra. Porque, si como ejemplo, a veces escuchamos esas ráfagas de música espuria, la contrapartida puede estar en esos muchachos, hijos de «ellos», que hablan como nosotros nuestra propia lengua vasca. Esto, ni es nada raro, ni se presenta en casos aislados, sino que es corriente y general en nuestro pueblo.

Una buena norma de conducta ante el problema de la inmigración es chapuzarse en aguas de universalidad, sin olvidarnos en ningún momento que nuestra propia orilla nos espera. O lo que es lo mismo, ser vascos, y dejar en todo momento constancia de ello, pero con proyección universal.

En definitiva, considero que la palabra hermano nació, simplemente, de una sonrisa. Pero de una sonrisa de confianza, no de burla. Y si nos atenemos a los textos evangélicos, el mayor pecado es llamar «raca» a nuestro hermano. Cosa que, a decir verdad, me parece insultante que tengan que aclararnos, ya que en terrenos de pura humanidad, de enfrentamiento de conciencia, aparece diáfano y evidente.

El problema de la inmigración, acuciante y premioso, hace ya algún tiempo que está a nuestras puertas pidiendo solución. Es un poco el problema de absorber o ser absorbidos, no lo ignoro. Pero también conviene no olvidarse de que Alabama, aunque a primera vista así lo parezca, no está demasiado lejos. Ni China, ni el Congo, ni tampoco aquel personaje de un cuento de Chejov tan entroncado a nuestro sentir, que somos un poco él mismo. Pero de todas maneras, yo creo que la solución, esa posible solución, se esconde, como siempre, en el interior de cada hombre, en eso que se llama conciencia.